

Necesitamos del perdón

Aun sabiendo que el perdón es camino de felicidad, nuestra capacidad de perdón es siempre limitada, superficial, condicional. Sin embargo, somos conscientes de que necesitamos perdonar y ser perdonados.

Cada acto de perdón es una decisión libre y consciente que hay que renovar siempre con humildad y con corazón generoso. Nunca es un hábito, sino un camino exigente que es fruto de descubrirnos hermanos.

¡Cuántas veces las personas con las que vivimos –en la familia, en el barrio, en el lugar de trabajo o de estudio– pueden habernos hecho una faena y nos cuesta reanudar una relación positiva! ¿Qué hacer? Levantémonos por la mañana con una “amnistía” completa en el corazón, con ese amor que todo lo cubre, que sabe acoger al otro tal como es, con sus limitaciones, sus dificultades, precisamente como haría una madre con el hijo que actúa mal: lo excusa siempre, le perdona siempre, no pierde la esperanza en él...

Acerquémonos a cada uno viéndolo con ojos nuevos, como si nunca hubiese incurrido en esos defectos. Volvamos a empezar cada vez no solo perdonando, sino también olvidando: esta es la medida. Es una meta alta hacia la cual podemos avanzar con la perspectiva del «nosotros», de la fraternidad: no pienso solo en mí, sino también en los demás. Mi capacidad de perdón está sostenida por el amor de los demás, y por otra parte mi amor puede, en cierto modo, sentir como propio el error del hermano: tal vez dependa también de mí, puede que no haya hecho toda mi parte para que se sintiese acogido, comprendido...

En una ciudad italiana caracterizada por un contexto social complejo, dos grupos de personas sinceramente interesadas en el bien común han vivido durante mucho tiempo una intensa experiencia de diálogo que exigió superar algunas dificultades que inicialmente parecían insuperables. El primer acercamiento fue de desconfianza y por parte del grupo anfitrión parecía evidente que esta reunión no era bien recibida. El amor ofrecido al compartir la comida traída para la ocasión había ayudado a romper el hielo, pero a pesar de esto, algunos habían comenzado a enfatizar los defectos que veían en la otra asociación. No queriendo entrar en una guerra verbal, los "recién llegados" preguntaron qué defecto o diferencia podría ser tan fuerte como para impedirles amarse: de hecho, ese era un valor reconocido entre los dos grupos. Esa pregunta fue el punto de inflexión para empezar a hablar de lo que los unía y al final de ese primer encuentro se despidieron con la promesa mutua de reencontrarse y ampliar su círculo de amistades. Y la relación continúa hoy.